

INTRODUCCIÓN. BIOPOLÍTICA Y GÉNERO

Carmen González-Marín

(Universidad Carlos III de Madrid)

Que el género es una cuestión cultural ha pasado a ser uno de los tópicos menos discutidos, excepto, naturalmente, en el ámbito de un neoconservadurismo añejo. Descubrir el carácter *cultural* del género fue liberador, puesto que señaló el punto de quiebra en la rígida ligadura entre la biología y la forma de vida. Desde aquel “No se nace mujer” con que de Beauvoir abrió nuevas expectativas al pensamiento y a la práctica feminista, el género pasa a ser el objeto que ha de ser comprendido y deconstruido, en su caso, como responsable en definitiva de la exclusión y subordinación femeninas. El carácter histórico, convencional, y en definitiva arbitrario del género como constructo es lo que lo convertía en un objeto cultural como es sabido. El adjetivo “cultural” es, sin embargo, tan comprehensivo que, aunque resulta difícil negarse a entender los problemas de las mujeres – y los varones, incidentalmente - como problemas culturales, también es cierto que convertirlos en problemas culturales es plantearlos de un modo excesivamente difuso y, en general, potencialmente falto de provecho. En un cierto sentido, *todo* es cultural – excepto aquello

que viniera dado por la biología -, lo cual es tanto como decir que la calidad de cultural de algo es absolutamente irrelevante en muchos sentidos. Y desde luego si lo que estamos afirmando cuando calificamos algo de “cultural” es que no viene dado por la biología, entonces, ciertamente la mayoría de los problemas que interesa analizar o resolver en lo que concierne a las mujeres y los varones son problemas culturales. Podemos buscar genealogías de ese constructo cultural en diferentes tipos de contextos, podemos analizar el modo en que se elabora, inscribe, o deconstruye ese constructo. Pero el *misterio* del género - atención, no es el misterio del eterno femenino, sino el de la adscripción y autoadscripción del género - permanece intacto: ¿Por qué, si no, dado que *nadie nace mujer*, hay tantas mujeres?

El género podía ser la coraza que abundando en el determinismo biológico, ahorra a las mujeres - y a los varones - pero no es una coraza *necesaria*. La buena nueva, que libera de todos aquellos discursos que se sostienen sobre la moralización de la naturaleza se lee de diversas maneras en diferentes momentos. El primer y quizá más importante giro es el que Monique Wittig le obliga a realizar en su “No se nace mujer” de 1981. Wittig nos hace caer en la cuenta de que el género nunca será una cuestión *electiva* - es decir, que las mujeres *serán mujeres* - a menos que rompamos con el marco heteronormativo. Era evidente, se diría, que las cosas eran exactamente así; era evidente que el género, el femenino al menos,

pertenecía a un marco normativo patriarcal. Pero Monique Wittig hace totalmente explícito el carácter político no sólo del género sino del sexo, de modo que se elimina absolutamente toda tentación de reconducir la noción de género al territorio donde se enredan fácilmente la biología y la forma de vida.

Independientemente de otras consideraciones, ese fue un paso radical que al menos cumplía dos objetivos: eliminar la tensión todavía presente en *El segundo Sexo* entre la trascendencia necesaria para liberarse el género y la feminidad misma, por una parte, y señalar la necesidad de una transformación radical de nuestras concepciones en un nivel genuinamente político, por otra. En realidad, que “Nadie nace mujer” se mostraba como un desideratum, que sólo llegan a satisfacer quienes efectivamente salen del marco heteronormativo, que define la dualidad sexual con su marca jerárquica. Sólo las lesbianas “no son mujeres” propiamente.

Por más que a Camille Paglia o Martha Nussbaum les inspire poco respeto - “slick, super-careerist Foucault flunky” fue la definición de Paglia; de “hip quietism” tachó su posición Nussbaum -, hemos de reconocer la aportación de Judith Butler al debate en torno al género, que ya deberíamos mencionar en plural, incidentemente. En el “gran relato” del género, la insistencia en la *performatividad* representa un giro de tuerca más, del que no podemos prescindir. Butler señalaba en el Prólogo de 1999 a *Gender Trouble* que el libro

formaba parte de la lucha por hacer habitable la existencia de quienes viven en los *márgenes del sexo*. Vivir en los márgenes del sexo es distorsionar algunas de las ideas tradicionales y no solo en torno al género, el sexo y el cuerpo. Quizá no es un apoyo suficientemente sólido para convertirse al *construccionismo social*, pero el hecho es que quizá el carácter pragmático del lenguaje es la condición de la construcción del género, y aun del sexo. Ingenuamente, podríamos pensar que la noción de un género construido que conocíamos y que acaba por engullir al sexo podría ser de gran utilidad, en la medida en que definitivamente nos obliga a abandonar sin vuelta atrás las determinaciones de la naturaleza. Desde luego, los neoconservadores sí han llegado a concluir que la performatividad del género es un modo de paliar, para mal desde su punto de vista, las determinaciones de la naturaleza. En todo caso, la performatividad no es la apertura a la gratuidad de una suerte de autoinfatuación sexual o de género. Muy al contrario, la performatividad supone un necesario y sistemático engarce con las condiciones y las reglas que la sostienen; de modo que convertir el género o el sexo en performativos es conferirle un estatus convencional, esto es no natural, pero condicionado, o sea sometido a una regulación preexistente. Probablemente la aportación de mayor calado de Butler es su llamada de atención acerca de la debilidad de una tesis metafísica respecto de la identidad. Es cierto que no es algo nuevo, pero también es verdad que casi nada lo es, y,

sin embargo, en ocasiones merece la pena recordar lo que parece haberse olvidado.

La teoría queer apunta en una dirección peculiar y enormemente interesante desde un punto de vista político – y en este sentido no deberíamos obviar la relevancia de la desvinculación de la política y la biología, por más que nos fuerce hacia el construccionismo. La teoría queer abre un horizonte *novedoso* al permitirnos u obligarnos a romper con la sempiterna dicotomía igualdad-diferencia. Lo queer apunta en realidad hacia la *indiferenciación*, y así ahuyenta definitivamente la necesidad de justificar un estatus político o unos derechos civiles sobre la base de algún tipo de fundamentación *ontológica* o de otra índole.

El “gran relato” del género podría haber terminado aquí felizmente. Pero no es así. Todo vuelve, en realidad, a empezar – es decir, nada ha terminado – cuando consideramos el cuerpo como objeto político. Un descubrimiento, que ya había realizado Platon en *República*, es que la condición del individuo considerado como cuerpo ha de ser entendida como *biopolítica*. En efecto, la batalla del género se juega en el cuerpo, y debe ser comprendida en términos biopolíticos y no políticos en puridad. El deslizamiento en este caso no es meramente una consecuencia *académica* de la influencia de Foucault o de Agamben, sino que responde a la caída en la cuenta de la administración de la vida de los individuos humanos por parte de un *poder* que no permite descripciones abstractas. El

biopoder administra la vida, no la abstracción que hemos dado en denominar “ciudadano”. Es evidente que este nuevo giro conceptual ha de tener un alcance extraordinario en el contexto de la reflexión sobre el género. Que el género es un asunto biopolítico, que de una u otra manera – abusando de la expresión de Beatriz Preciado - todos somos “animales biopolíticos” es un punto de partida que obliga probablemente a repensar algunas de las interpretaciones y de las demandas características en los contextos de la reflexión y del activismo. Probablemente, asumir nuestra condición biopolítica no puede equipararse a la buena nueva de la ruptura del lazo necesario entre género y naturaleza, que constituyó el principio de la liberación femenina. A partir de este principio, pudo enarbolarse como bandera liberadora que “Lo personal es político”. Sin embargo, la sombra del biopoder nos fuerza a adoptar una perspectiva nueva: carece de sentido *hacer político* lo personal, puesto que lo personal *ya es una construcción biopolítica*.

Cuadernos Kóre quiere ser un espacio de reflexión y discusión abierto y plural, y, en este espíritu, ofrecemos al lector una serie de trabajos que analizan, desde perspectivas diferentes, algunos de los problemas centrales de una consideración biopolítica del género, así como algunas de las consecuencias que se siguen o podrían seguirse de ese tipo de consideración. De la concepción biopolítica de los géneros y los sexos podría seguirse tal vez un cierto desaliento.

Podemos *jugar* probablemente en los márgenes de los modelos estándar de administración biopolítica del cuerpo, del sexo, del deseo, o del género, pero en el fondo nunca dejamos de estar dominados por esos modos invasivos de administración de los individuos como *nuda vida*. El “gran relato” del género se sostenía en parte sobre la fe en el carácter liberador de lo político. Sólo era necesario alcanzar a convertir en político lo que en principio parecía no serlo. En esta nueva - y vieja - perspectiva, acaso no cabe escribir nuevos capítulos de ese “gran relato”, sino micro-relatos micro-políticos. No es obvio, no obstante, por más que en ocasiones despierte recelos que la micro-política - incluso la micro-política académica - carezca de consecuencias. La primera y más inmediata es el debate, sin duda, y como una invitación a debatir publicamos este nuevo número de *Cuadernos Kóre*. Las palabras, ya lo sabemos, siempre pueden ser *armas cargadas de futuro*.